

El conocimiento humano

Conocimiento personal como conocimiento intuitivo

Pedro Luis Blasco

El autor se ocupa del conocimiento personal como algo propiamente intuitivo. Así como Dilthey puso límites al alcance de la crítica de Kant, entiende que es necesario delimitar la validez de la crítica de Dilthey porque, dentro del mundo de lo humano y de la vida, no vio el ámbito de realidad personal peculiar de cada ser humano como distinto de las creaciones y manifestaciones del espíritu objetivado



ILUSTRACIÓN: Pedro Luis Blasco (Carmelo Méndiz)

Vale decir que el conocimiento de las cosas no solo es posible sino también real; de hecho conocemos verdaderamente, y cada vez mejor, el mundo en torno, natural y humano, y con este hecho convivimos espontáneamente; como con la respiración, por ejemplo. Ahora bien, así como hay factores que posibilitan la respiración, también hay condiciones *a priori* o previas que posibilitan el conocimiento. En el conocimiento hay siempre un sujeto que conoce y un algo que es conocido, un objeto del conocimiento. Pues bien, es necesario considerar, entiendo yo, que algunas de esas condiciones atañen al sujeto y son subjetivas, y hay otras que conciernen al objeto y son objetivas. De hecho no todas las personas pueden conocer todas las cosas: necesitamos un umbral mínimo de percepción sensible, un desarrollo neuronal, etc. Además, sabemos que, por sus características naturales, no todo puede ser conocido, ni lo es de la misma manera; y hay también distintas clases y objetos de conocimiento. Me ocupó aquí precisamente del conocimiento personal como propiamente intuitivo.

“ El conocimiento personal y especial de sí y del otro es un conocimiento intuitivo, inmediato, no mediado por conceptos ni palabras. ”

La filosofía occidental, por lo menos desde Platón y Aristóteles, se ocupó de desentrañar el conocimiento humano. No obstante, voy a destacar dos momentos relevantes para mi tesis. Kant se ocupó de las condiciones subjetivas y *a priori* de posibilidad del conocimiento en general y del conocimiento científico en particular, desarrollando de alguna manera el principio tomista según el cual *quidquid cognoscitur ad modum cognoscentis cognoscitur*.

Determinó, así, en su *Crítica de la razón pura*, que todo conocimiento empieza en la sensibilidad y que todo objeto de conocimiento ha de ser percibido en un lugar y tiempo determinados.

“ Expresamos nuestro conocimiento de las cosas mediante las palabras, pero las conocemos en cuanto tenemos su idea o mediante sus conceptos. ”

Su argumentación —no cabe exponerla ahora— concluye, entre otras cosas, que la realidad así conocida es una realidad fenoménica y que la realidad real que no puede ser conocida es realidad nouménica. Pero a mi modo de ver, es un modelo de conocimiento demasiado uniforme y excesivamente celoso del control racional de la experiencia. Así lo vio también W. Dilthey, poco tiempo después, en su *Introducción a las ciencias del espíritu*.

N. Bhor, W. Heisenberg, A. Einstein, M. Planck, etc., corrigieron a I. Newton, no porque su teoría fuera falsa, sino porque resultaba insuficiente para explicar la nueva realidad microcósmica, más rica y compleja ahora que la que él conocía. De manera semejante, Dilthey corrigió a Kant porque las realidades que conocemos son más ricas y complejas que la realidad que Kant tuvo en cuenta.

La naturaleza física del cosmos constituye una realidad distinta de la cultura y de lo humano, tanto que de ninguna manera cabe pensar este mundo humano como “escrito en caracteres matemáticos”. La realidad de la cultura y de la creación de nuestro mundo de relaciones interpersonales tan complejas, con sus instituciones sociales, jurídicas, políticas y religiosas, con su historia, filosofía, psicología, etc., es la creación y objetivación del espíritu

humano, pero su conocimiento no constituye una ciencia exacta ni se rige por la lógica de la investigación científico-natural. Hay criterios de demarcación que separan las ciencias de la naturaleza de las ciencias del espíritu porque expresan o son primero criterios de demarcación ontológica: es decir, hay dos ámbitos de realidad distintos que son el mundo de la naturaleza y el mundo del espíritu. Tiendo a pensar por mi cuenta, por lo tanto, que la idea subyacente en Dilthey es, parafraseando el principio tomista anterior, que lo que se conoce es conocido también al modo de *lo conocido*; es decir, de acuerdo a las características propias de este mundo del espíritu que condicionan de manera distinta la posibilidad de su conocimiento. Dilthey se sumó críticamente al proyecto crítico de Kant, poniéndole límites, acotando su validez a uno de los dos “hemisferios” del conocimiento y de la realidad, mediante algunas ideas que elaboró como una *Crítica de la razón histórica*.

“ La naturaleza física del cosmos constituye una realidad distinta de la cultura y de lo humano, tanto que de ninguna manera cabe pensar este mundo humano como “escrito en caracteres matemáticos”. ”

Llegamos por fin al núcleo de mi tesis. He de partir ahora de mi crítica a las ideas de W. Dilthey porque me parecen insuficientes: así como Dilthey puso límites al alcance de la crítica de Kant, entiendo, por mi parte, que es necesario delimitar la validez de la crítica de Dilthey, porque, dentro del mundo de lo humano y de la vida, no vio el ámbito de realidad personal peculiar de cada ser humano como distinto de

las creaciones y manifestaciones del espíritu objetivado. Digo, pues, que esta realidad peculiar y diferente que es cada persona también tiene su manera peculiar de ser conocida, o que implica unas determinadas condiciones de posibilidad de su conocimiento de acuerdo a su manera de ser en sí misma.

También esta realidad personal es diferente de la realidad natural y física y de la realidad del mundo de lo humano, e incluso la realidad personal es diferente en cada persona. Por eso ocurre lo siguiente: hay un vínculo interno —como quiera que se entienda— entre la realidad, el pensamiento y conocimiento de la realidad, y el lenguaje para expresarla. Se trata, en general, de un pensamiento y un conocimiento conceptual y lingüístico: expresamos nuestro conocimiento de las cosas mediante las palabras, pero las conocemos en cuanto tenemos su idea o mediante sus conceptos. Sabemos, además, que los conceptos son ideas abstractas y universales que se refieren a los rasgos esenciales y comunes de todas las cosas de la misma especie. Pensamos por ejemplo en una “casa” “bonita”, o queremos “políticas” “sociales”. Así mismo, pienso en una persona concreta y también puedo decir lo que sé de ella mediante los conceptos que la describen expresados en palabras; son cualidades que puedo afirmar también de otras personas. Ahora bien, si me fijo en una persona tal *quién* y *cómo* es en sí misma, diferente, singular, única, original, irreplicable, encuentro que puedo conocerla y de hecho la conozco, pero de otra manera y, más o menos, en función de la relación que tenemos. No es, claro que no, un conocimiento conceptual porque es imposible encerrar en conceptos universales y abstractos lo más personal, original, único e irreplicable, lo más concreto e individual que es cada uno de nosotros. No obstante, cada uno se conoce a sí mismo y en alguna medida a los demás.

Este conocimiento personal y especial de sí y del otro es un conocimiento *intuitivo*, inmediato, no mediado por conceptos ni palabras: estas no pueden captar el verdadero yo; este yo no puede ser pensado sino intuitivo, y no puede ser dicho sino vivido; el yo es impensable e inefable. Es el hecho de que cada uno sabe de sí mismo y del otro, de cada una de las personas que conoce, mucho más de lo que puede pensar con palabras. Así es el conocimiento verdadero de sí mismo

“ El conocimiento intuitivo interpersonal es posible solo entre dos personas que se aman; solo el amor y la convivencia amorosa es el ámbito en el que una persona se muestra a otra en su más profunda intimidad. ”

—el conocimiento del verdadero sí mismo— y el conocimiento de la otra persona. Condición de posibilidad del conocimiento de ella es, por su parte, su transparencia; y, por parte de quien la conoce, el acceso a ella sin pre-conceptos, sin pre-juicios, en actitud abierta y receptiva. Quien conoce a otra persona necesita una *epojé* radical: que ponga entre paréntesis todo conocimiento anterior y superficial de la otra persona, toda actitud y valoración previas que puedan distorsionar su ser personal, una *epojé* que posibilite un encuentro incondicionado entre ambas personas; de otra manera, cada uno solo verá en la persona que cree conocer lo que previamente ha puesto en ella y solo la verá del color con el que la mira. La intuición interpersonal, por el contrario, parte de la pura presencia de una persona a la otra, cada una se hace patente a la otra en sí misma, en su verdad,

en su *a-létheia*: desvelada, sin velos, con total espontaneidad; cada una se hace transparente a la otra mediante sus actos, sus gestos, sus actitudes, sus pensamientos, su vida convivida; se establece así una conexión inmediata: cada una le es dada a la otra en su intimidad más personal y en su singularidad irreplicable... y así la otra accede a ella; conocimiento intuitivo del yo-otro en el encuentro de yo y tú.

Tengo la convicción de que, por analogía con las dos críticas anteriores, es necesario desarrollar esta tesis elaborando desde aquí una *Crítica de la razón intuitiva*.

Para terminar puedo avanzar otra tesis, al menos original como la anterior y muy estrechamente vinculada a ella: este conocimiento intuitivo interpersonal es posible solo entre dos personas que se aman; solo el amor y la convivencia amorosa es el ámbito en el que una persona se muestra a otra en su más profunda intimidad, de manera que cuanto más se aman dos personas son también una a otra más transparentes, más se desvelan y más se conocen. El amor recíproco vivido día a día abre una persona a la otra y tan presentes las hace una a la otra que las unifica más cada día. Por eso, en el amor en general, en el amor amigo y en el amor de pareja la intuición recíproca surge progresivamente en toda su inmediatez y en toda su espontaneidad: he aquí la dimensión gnoseológica del amor vinculada a sus dimensiones afectiva y ontológica, de las que no cabe hablar ahora.

Vale decir, pues, que un conocimiento intuitivo interpersonal gradual es no solo posible, sino que mediante un amor progresivo también es real: es algo sublime de lo que disfrutamos cada día.